

CARINA

Manifestación poética de Crommelynck en la nueva Sala Prometeo

Por GRAZIELLA MENDEZ

(SECRETARIA DE ARTYC)

En un nuevo local decorado por Andrés con típico sabor colonial tiene su sede el grupo Prometeo, capitaneado como es costumbre por Francisco Morín. Mucho han ganado público, director y actores con el traslado. Da una sala inhóspita, pequeña y calurosa han ido a parar a otra gráficamente y acogedora, con lunetas cómodas y delicoso aire acondicionado.

Las jornadas de arte que se libran hasta hace poco en Prado 111

tienen ahora un marco más adecuado para su desenvolvimiento. El escenario, de proporciones más amplias, brinda mayores posibilidades para la colocación de decorados y montajes.

Morín y Andrés forman un buen consorcio, capaz de engrandecer cualquier empeño teatral. Ambos son artistas natos, con sensibilidad y talento. Por eso las representaciones de Prometeo siempre se han caracterizado por su elevado rango artístico. Y quizás, por

los personajes parece confirmar esos estados de lucha interna en que nos debatimos cuando profiere: "De nuestras dos naturalezas, cada una puede adormecer a la otra con la ayuda de Dios o del Diablo". Por eso, aunque establezcamos la diferencia, a veces el mal nos atrae hasta la fascinación. Es así como la madre de Carina—quien reconoce en su amante a un hipócrata—le confiesa desesperadamente a su hija: "Sin embargo, ¡cuánto lo amo!"

El aliento poético y la imaginación fecunda de Crommelynck están omnipresentes en "Carina". Como elemento de contraste, el instinto sexual permanece en pugna constante con el candor de la protagonista, que muere congelada como sus ilusiones.

Morín ha abusado esta vez de su inclinación a la plasticidad. A ratos no sabemos si procura una interpretación expresada a cierto modo, o un ballet. Desde el punto de vista estético resulta admirable, pero sufre alteración el ritmo que le corresponde a esa clase de teatro.

No dudamos que la obra se presenta a tal tipo de presentación, sobre todo para quien es un maestro de la visualización, por lo que tiene de poética y de simbólica.

Esta misma razón sean poco accesibles a la mentalidad media de cualquier público.

Incluso las obras que han subido a ese tinglado son generalmente de minorías. Recordemos unas cuantas: "Sangre Verde", "Delito en la Isla de las Cabras", "El Difunto Sr. Pic" y otras, que si bien fueron objeto de justos elogios por parte de la crítica y obtuvieron además premios hasta de la ARTYC, no es menos cierto que sus representaciones se llevaron a cabo, la mayoría de las veces, con la sala casi vacía.

"Carina" es ahora la pieza que motiva nuestro comentario, por ser la que está en cartel y también porque nos interesa desvirtuar ciertos rumores que pretenden poner en tela de juicio la seriedad del teatro de Crommelynck, juzgándolo de inmoral y obsceno. Nada más falso. Quien tales conceptos emite es seguro que ha cogido el rábano por las hojas. Es verdad que abundan las escenas de sensualismo descarnado, pero con eso el autor sólo se ha propuesto enfrentarse al bien y el mal—pureza contra lascivia—y mostrar los estados ambivalentes que surgen al producirse el choque entre un idealismo exacerbado y la deprimente realidad circundante. Crommelynck señala como punto de partida la dualidad del hombre, y bucea en las profundidades de esta. Uno de

pero el público se siente atraído en el ansancio ante la frecuencia y reiterada quietud de las figuras.

Yolanda Arenas nos dio una Carina débil, tan sin fuerza que no se percibe el tránsito hacia el no ser, la clave del destino de ese personaje. Además se hace inteligible el tono susurrante que mantiene durante los tres actos.

Ana Viñas no consiguió convencernos. Ni con sus gestos, ni con su hablar tan precipitado y desprovisto de matiz, amén de un franco desajuste entre el acento de la actriz y el contenido de algunos pasajes.

En cambio, Silvia Brito redondea una inmejorable labor en la parte de Cristina. La desenvoltura de esta joven artista es completa por la armonía de los movimientos, y sobre todo porque hace asomar al rostro, con mucha exactitud, los estados anímicos.

Muy certera interpretación nos ofrece Julia Astoviza, y también Raúl Xiqués, que se destaca notablemente.

Dejamos para el final la acuciosa labor de Roberto Blanco, que borda su personaje con suave claroscuro.

La escenografía y el vestuario de Andrés contribuyen poderosamente a crear el ambiente propicio.

Teatro y Cine

Por: RENEE POTTS

"CARINA" EN EL PROGRAMA INAUGURAL DE LA NUEVA SALA "PROMETEO"

"Carina" ha sido la obra escogida por la Dirección de "Prometeo" para inaugurar su nueva sala de espectáculos. En su fino folleto-programa se rinde un justo y merecido homenaje a "Andrés" el valioso artista y queridísimo compañero; por su gesto altamente generoso al 'dotar a "Prometeo" de una sede confortable y elegante, donde continuar su lucha por presentar siempre al culto pueblo de La Habana, un genuino Teatro de Arte".

Siguiendo este propósito la Dirección de "Prometeo" presenta esta versión de "Carina", misterio en tres actos de Fernand Crommelynck. Magnífica dirección escénica de Francisco Morín y vestuario y decorado de "Andrés" que valoriza muy alto a exquisita presentación artística. Los efectos luminotécnicos de Anaís Collado logran escenas maravillosas actuando como imprescindible elemento de muchos momentos de la trama dramática.

"Carina" es una obra del Teatro Universal que ha merecido elogios calurosos de los mas destacados intelectuales europeos. Una obra recomendada como espectáculo de la mejor cultura teatral.

Obra difícil sin embargo, para cierto público que no llega a la verdadera tragedia de "Carina" por carecer de gran sensibilidad. (Y perdóneme ese público si le asusta o molesta la verdad).

"La protagonista de la obra es una niña que sufre la tristeza de que la vida no sea mas que lo que es". "Su tragedia es la tragedia de soñar".

Estas palabras bastan para justificar la incompreensión de ese público. "Carina" solo puede ser traducida por los soñadores que en este momento del mundo somos los menos.

"Carina" es una tragedia simbólica. Nos explica el folleto-programa. Y es que "Carina" es todo un símbolo. En ella están representados todos los egosismos; las bajas humanas y el desencanto inevitable y trágico de un alma perfecta.

Es esa simbólica representación la que para el público inepto resulta una consecución de immoralidades. No llega a comprender a denuncia que hay en las escenas del mas humano de senfreno sexual.

Teresa María Rojas, es la insuperable "Carina", la 'niña enloquecida por su alma'. Una magnífica interpretación, una labor maravillosa que comparte con Roberto Blanco el joven actor que cumple el futuro exitoso que hubimos de augurarle.

Roberto Blanco es 'Federico'

el amado de "Carina". Pero este amor no disminuye el tormento espiritual de la niña soñadora.

Son muchos los que a su vida se retuercen en el lodo. "El Cazador" su tío, que no se oculta para exteriorizar su sensualismo y su impudor. Nancy, (Julia Astoviza) una joven que admite sin reparos los besos y las caricias impúdicas del tío Cazador. La (Ana Viñas, atormentada por un amor que la hace arisca, amargada sin llegar a la ternura que "Carina" ansía; muy buena actuación la de Ana Viñas.

Y ¿qué decir de las amigas de "Carina"? Cruces mozas que ignoran en lo absoluto la transparente alma sensible de la niña atormentada. Anneh Rodríguez y Migdalia Díaz asumen con beneplácito los papeles de Sol y Evelina respectivamente.

Silvia Brito tiene a su cargo la "Cristina". Dura, severa, pasea su orgullo en aquel medio de pasiones brumosas y luego ha de verter en los oídos de la niña sensible, las palabras de su instinto inconfesable.

El medio se hace violento, insano. Todo abruma a "Carina". Los sirvientes insolentes y denunciadores. Buena labor en este aspecto de Tussy Cavada "La Gobernanta", Emilio Rodríguez "Arturo" y Anaís Collado "Cria do de los Perros".

Todos los personajes de "Carina" están perfectamente notados. Son muchas las escenas lograda sin la mediación de las palabras. Los silencios de la niña que contempla la zarabanda desenfundada de los Dominós que hallan en las mascaradas; la circunstancia mas absoluta para calmar la sed de sus insintos.

Esa breve aparición de Brisac, herido, maltrecho, injuriado y luego hasta consolado por la madre difícil. Breve aparición de César Torres que dió a su personaje todo el realismo requerido.

Las escenas de amor y de requiebros de Carina y Federico. Escenas que son verdaderos cuadros de belleza, estampas delicadas de arte exquisito. Y ese final casi callado, lento en el dolor por la muerte de "Carina" transportada al compás de un ritmo bronco, en los brazos fuertes de los enmascarados.

Desolación en todas las escenas. Sólo las palabras de Federico. Las del tío Cazador (Raúl Xiqués), que rubrica con su acertada actuación las escenas finales del misterio en tres actos de Fernand Crommelynck.

